

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº  
510

50  
cts

CARMEN LARRABETI  
LEA NIAKO

NÚMERO  
EXTRAORDINARIO

LA CARTA



MILLAR, Adelphi

LA NOVELA  
SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCION:

Francisco-María Bistagne

Paseo de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 516

LA CARTA (1950)

Emocionante asunto, totalmente dialogado  
en español (Estudio)

Intérpretes principales:

Carmen Larrabetti, Lea Niako, Cecilio  
R. de la Vega, Carlos Diaz Mendoza,  
Luis Peña, etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
CLAUDETTE COLBERT

Prohibida la  
reproducción

# La carta

*Argumento de la película*

En las afueras de la ciudad de Singapur vivían en unas plantaciones de caucho el negociante Felipe Bennett y su esposa Leslie.

El era representante de una importante casa inglesa y llevaba más de siete años en aquella comarca triste e inhospitalaria.

El afán de ahorrar algunos miles de dólares le hacía soportable esa penosa existencia en un rincón de la tierra oriental. Por el contrario, su bella esposa Leslie, bella flor británica, que añoraba sus días juveniles de Londres, se agostaba en el ambiente exótico y falso de la Babel asiática.



Cierta noche, Felipe se dispuso a dirigirse a Singapur.

—¿Te importa que vaya a Singapur a cambiar esta carabina?—le dijo a su mujer mientras encendía su pipa.



—¿Te importa que vaya a Singapur a cambiar esta carabina?

—¿Por qué me lo preguntas si has de hacer lo que te parezca?—le contestó ella con dulce acento.

—No te disgustes, Leslie. Volveré pronto. Ya sabes que mi deseo es estar siempre contigo.

Ella lanzó un leve suspiro.

—Antes de irme quiero decirte una cosa, Leslie—continuó el marido—. Te estoy muy agradecido por haberme acompañado desde hace tanto tiempo en esta tierra melancólica. Sin ti mi existencia se hubiera hecho infinitamente penosa. Tú la alegraste con tu sonrisa y tu juventud.

—Esto te demostrará que te quiero.

—Nunca olvidaré que has sacrificado tus mejores años aquí. Pero ten ánimo que todo eso acabará algún día. Cuando seamos ricos podremos regresar a nuestro país.

—¡Ojalá sea pronto!

Apenas Felipe hubo salido, los ojos de Leslie brillaron con misterioso fulgor. Parecía agitada por una extraña idea. Corrió hacia su mesita escritorio y escribió esta carta:

*Querido Nelson:*

*Mi esposo estará ausente toda la noche. Es absolutamente indispensable que te vea. Te esperaré a las once. Estoy desesperada y si no acudes a la cita, no respondo de las consecuencias.*

*Leslie.*

Escribió nerviosamente la dirección y lla-

mando a uno de sus criados chinos le dijo:

—Lleva en seguida esta carta a casa del señor Nelson.

—Bien, mi ama.

—Pero antes cierra las persianas y dile a los criados que ya pueden retirarse.

Apenas hubo desaparecido el sirviente, Leslie arregló coquetamente la habitación y esperó con la ansiedad de la mujer adúltera la llegada de Jorge Nelson, un joven colono inglés, soltero y que vivía en una plantación vecina.

Jorge era el amante de Leslie. Aburrída y triste en aquel ambiente colonial, casi abandonada por su marido que no tenía otro afán que su negocio, Leslie se había dejado seducir por las palabras de aquel conquistador que había infiltrado en su alma el ansia inapagable del cariño.

Le quería con locura, y la aventura que al principio no fué más que algo levemente interesante se había convertido por parte de Leslie en un acontecimiento fatal que deslumbraba su vida. Sentíase vibrar de pasión por aquel hombre y lo amaba con ciega fe.

Jorge, en cambio, quería sin demasiados apasionamientos a su amiga. Le parecía

desde luego interesante, sugestivo, aquel cariño rendido y fiel, pero no le daba gran importancia. Su fidelidad no le impedía tener otra clase de aventuras como la que precisamente venía viviendo con una mujer china, Li-Ti, una perversa sirena oriental que llenaba de un amor fantásticamente voluptuoso la existencia alegre del calaverón. Y a medida que se iba sintiendo más seducido por las gracias de Li-Ti que pasaba la mayor parte de las horas en su casa, iba alejándose cada vez más de las ternuras de Leslie, la flor inglesa cuyo perfume él se había cansado de absorber...

Leslie notaba ese desvío, ese abandono doloroso. Los celos danzaban un baile siniestro y terrible. ¡Ay de Jorge si la hacía traición!

\* \* \*

El criado chino de Leslie entregó en casa de Jorge Nelson la carta de su ama.

Nelson se hallaba sentado tranquilamente en un diván en compañía de su amante, carne de opio que le envolvía con su nirvana embriagador.

Li-Ti devoró con ojos rabiosos la carta



que su amigo tenía en las manos.

—¿De qué se trata?

—Nada importante—dijo él con gesto de fatiga y tirando al suelo la carta—. Pero tengo que dejarte, Li-Ti.

—¿Tan pronto?

—Volveré dentro de una hora.

—¿Dónde vas?

—Un asunto fácil.

—¡No me engañes! Tú vas a ver a esa maldita mujer blanca.

—¿Qué tontería! La mujer blanca no me importa, bien lo sabes.

—Pero vas a visitarla, no lo niegues.

—Sí, es ella quien me escribe. Voy a desengañarla definitivamente. No me interesa esa criatura. Desde que te conocí, todas mis ilusiones se reducen a tu amor.

—¡No te perderé nunca, Jorge mío! ¡No tardes! El tiempo se me hace interminable cuando no estás a mi lado.

—Como a mí. Descansa un poquito. Te prometo volver.

La dió un ardiente beso y marchó hacia las plantaciones de sus amigos los Bennett, dispuesto a romper de una vez con aquella Leslie insaciable que convertía un

“flirt”, un cariño vago y ligero en algo fundamental y peligroso.

Estaba cansado de Leslie y se lo diría a la cara para que en lo sucesivo le dejara en paz.



—Volveré dentro de una hora.

Ella le recibió con esa actitud amorosa de las mujeres que no pueden vivir sin su ídolo.

—¡Te esperaba, Jorge mío!—le dijo saltando a sus brazos.

—¿Por qué me has llamado?—respondió él con frialdad.

—Porque quería verte. Porque me tienes hace tiempo abandonada y eso no puede seguir así.

—¿Quieres hacer eternas las locuras?

—¿Llamas locura a querernos? Cuidado, Jorge, estoy desesperada y temo no ser dueña de mí misma.

—¿Cuándo acabarás de quejarte?

—Si me amaras no me hablarías así.

—¿Por qué dices eso?

—¿Es que crees que no sé lo que sucede? ¿Pensas que no estoy enterada de que en tu casa vive esa mujer china?

—Eso no es verdad.

—No niegues. Me he enterado de todo. Y te creía un hombre de mejor gusto. Enamorarse de una china, vulgar, antipática, plebeya...

El sonrió.

—Confundes las cosas, Leslie.

—No podemos seguir así. Te amo demasiado para perderte de ese modo.

—Si prolongásemos esa situación obraríamos como un par de niños, Leslie. ¿Olvidas acaso que eres casada? Si tu marido descubriese el secreto de nuestras relaciones, habríamos de sufrir todas gravísimas consecuencias.

—Sólo me importa tu amor — contestó con una energía indomable.

—Yo debo velar por ti ya que parece que has perdido la cabeza. Cometimos una imprudencia al querernos. Hay que poner remedio al mal. Es preciso que nos nos volvamos a ver.

—¡Ah! ¿Acaso prefieres a esa mujer odiosa, a esa amarilla, que a mí?

—Pues bien, terminemos. ¡La prefiero a ella! ¿Te has enterado?

—¡Miserable!

—Es inútil que insistas más. La quiero a ella y nada me separará de su lado —añadió con brutalidad repugnante—. Y procura no volverme a ver más. ¡Hemos concluido para siempre! ¡Adiós!

Marchó en dirección a la puerta, descoso de no volver a poner jamás los pies en aquella casa.

—¡No te irás! —rugió ella.

—¡Déjame!

—¡Jorge! ¡Te quiero! ¡No seas así! ¡No rompas el caudal de ilusiones que cifré en tu cariño!

—¡Adiós!

—¡No! ¡No! ¡Quédate!

—¡Nunca!



—¡Ah, bandido!

Cegada por el odio alcanzó un revólver que estaba en una cercana mesita y disparó sobre su amante.

Jorge lanzó un grito de dolor y se puso las manos en el pecho.

Implacable y vengadora disparó por segunda vez. Jorge dió un nuevo gemido señalándose el vientre donde se había incrustado la otra bala. Cayó en tierra lanzando gemidos dolorosos y Leslie tiró todavía otra vez con rabia ciega.

Ahora Jorge no dijo una sola palabra. Todo él se estremeció en una convulsión aterradora. Luego quedó inmóvil con la trágica fijeza de la muerte.

Leslie con el revólver humeante en su mano que temblaba bajo una nerviosa vibración contempló el cuerpo de su víctima. Y de pronto se echó a llorar, maldiciendo su locura, temblando de espanto y de angustia.

Acudieron los criados quienes contemplaron con horror la trágica e inesperada escena.

—¡Oh, señorita Leslie! ¡Oh, señorita Leslie!

En un rincón, con los ojos cerrados, Leslie parecía abstraída de todo el mundo.

A media noche llegó la policía y algo más tarde apareció Felipe que volvía de Singapur sin conocer la amarga realidad que le esperaba en su casa.

Leslie ya no lloraba. Mujer al fin sabía serenarse y disimular sus impresiones.

Con los ojos secos y el semblante pálido de emoción, explicaba a su manera lo ocurrido.

—Aprovechando tu ausencia, Nelson vino a verme e intentó propasarse. Tuve que matarle para defender mi honor y el tuyo.

El marido estrechó contra su corazón a la mujer que consideraba pura como el lirio de los valles.

—¡Leslie! ¡Leslie de mi vida! ¡Qué loco fui en dejarte sola esta noche! ¡Pero no temas! ¡Nada te ha de ocurrir! Una mujer que se porta como tú, no merece condena alguna. Saldrás libre, te declararán inocente... ¡Ah, ese maldito Nelson! Le consideraba un calavera y por eso enfrié mi amistad con él. Pero nunca creí que llegase a introducirse en mi casa y a querer robarme mi mejor tesoro.

Y seguía abrazando a su mujer que le miraba con sus grandes ojos negros y serenos en los que parecía imposible que ja-



más se hubiese albergado la llama de un pensamiento impuro.

Luego Leslie volvió a caer en impresionante silencio... Contestó maquinalmente al interrogatorio de la policía.

Pero allí se había registrado un crimen y el jefe de seguridad vióse obligado mientras no se aclarasen los hechos, a ordenar la prisión preventiva de la supuesta culpable.

\* \* \*

Semanas después se constituyó el tribunal para juzgar a Leslie. La calidad social de los protagonistas, la índole delicada del asunto, habían atraído la curiosidad y el interés entre la colonia extranjera.

No era, pues, de extrañar que el día de la causa el amplio salón de la audiencia no diese cabida al numeroso gentío.

Todas las gentes con un gesto sentimental se pusieron del lado de Leslie, sintiendo por ella las simpatías que inspiran las pobres mujeres víctimas del egoísmo y de la brutalidad varonil.

Felipe Bennet asistía a la sesión, en primera fila, convencido de que de las prue-

bas iba a salir resplandeciente e inmaculada, la inocencia de su esposa. Si ella había matado, era en defensa de la honra, era para guardar los fueros de su dignidad de mujer casada. Y a él, a Felipe, al hombre sencillo y trabajador, esa conducta le producía emoción.

El fiscal hizo algunas preguntas a la procesada quien de pie ante el Jurado se mantenía tranquila, serena, mirando a su torno sin miedo alguno como la mujer que tiene ciega confianza en su destino.

Luego habló el defensor, el abogado señor Joyce, uno de los mejores letrados de la colonia de Singapur, hombre listo, de condiciones extraordinarias.

—Declare lo que pasó aquella noche. No omita detalle, señora.

—Me ha de ser tan penoso recordarlo...

—Es necesario, señora. Me hago cargo de lo penoso que han de ser ciertos recuerdos, pero en bien de usted es preciso hablar.

—Sí... lo haré.

Y con una tranquilidad admirable, ella continuó:

—Mi esposo fué aquella noche a Singapur para cambiar una carabina. Yo estaba

sola en casa cuando vino Jorge Nelson. Hacía mucho tiempo que no le veíamos... Mi marido le había demostrado en estos últimos tiempos gran frialdad porque su conducta dejaba mucho que desear.

—¿Por qué motivo?

—Decían si vivía con una mujer china, una mujer antipática, vulgar, repugnante...

Y hablaba con profundo desprecio de aquella oriental a quien tenía un odio feroz.

No sabía Leslie que Li-Ti, la mujer china, asistía a la causa y se hallaba confundida entre el público, escuchando con una sonrisa glacial los violentos epítetos de la procesada.

—¿El señor Nelson anunció a usted antes su visita?

—No.

—Siga.

—Hacía un rato que estábamos conversando cuando de repente me cogió por un brazo y me dijo: "Tiene usted unos ojos muy bonitos, Leslie". Yo me eché a reír, creyendo que era pura galantería. Pero él mirándome fijamente agregó: "Unos ojos de los que estoy enamorado". Le miré con cierta severidad y le dije que no bromease. Pero

él me contestó con una inquietud que no podía ocultar: "Hablo en serio. Estoy loco por usted, Leslie. La quiero, la necesito, me paso la vida pensando en usted..."

Reinaba en la sala un gran silencio. Felipe escuchaba a su esposa experimentando oleadas de furor contra Jorge. ¡Oh, bien muerto estaba! ¡Si Leslie no lo hubiera hecho, él le hubiera partido el corazón!

—Continúe—añadió el defensor.

—Observé que Nelson estaba algo bebido... Me levanté y le dije que se marchara... Pero él no quiso, no quiso... ¡Cuán doloroso es recordar aquella escena!

Se enjugó unas lágrimas y prosiguió admirablemente su comedia.

—Le dije otra vez que se marchara, que yo no podía amar a nadie más que a mi marido. Pero él de una manera brutal me estrechó en sus brazos... Sus ojos parecían de fuego, sus manos me acariciaban... Me sentí besada por unos labios que quemaban, unos labios repugnantes, lascivos... Me besó en los ojos, en la boca, en la garganta... Después...

Se interrumpió para llorar otra vez. La sala en peso escuchaba con intensa emoción el relato de aquella mujer, joven y bella,



que había tenido que luchar contra los instintos desatados de un monstruo.

—Cálmese usted, señora... Y diga todo lo que tenga que decir.

—Después me sentí cogida, transportada en brazos... A pesar de mi resistencia, él me llevaba hacia la alcoba... Al fin con un supremo esfuerzo logré arrancarme de sus brazos... En una mesa cercana había un revólver... Lo cogí. Y no recuerdo más... no sé exactamente lo que sucedió... pero allí en tierra estaba él... el miserable Nelson... muerto... bañado en sangre...

El relato había sido tan sincero, era tan claro y verosímil, que la sala entera se tragó aquella inmensa mentira. Felipe miró a su mujer con ojos de eterno amor. ¡Animo, mujercita! El jurado la pondría en libertad.

—¡Terminó el interrogatorio! — dijo el presidente —. ¡Se suspende la vista hasta mañana a las diez!

Desalojóse el local. El público hacía comentarios totalmente favorables a la procesada... Sólo una mujer, Li-Ti, sonriendo siniestramente marchó de la Audiencia, con el alma plena de odio feroz, odio implacable, odio que pedía venganza contra la rival que había dado muerte al que era ido-

lo, amor, embriaguez y luz de la china bella.

Felipe reunióse un momento con su esposa y el defensor comentando favorablemente el desarrollo del proceso... Todos tenían plena confianza de que el veredicto sería de absolución.

Y Leslie sonreía triunfalmente. No le recordaba la conciencia por haber dado muerte a Nelson. Ya que no podía devolverle la vida que le quitó en un instante de arrebató y de locura, ella debía defenderse y cargaba sobre el muerto toda la responsabilidad... De esta manera Leslie seguiría gozando de la consideración de todo el mundo y su honor y su propia vida quedaban a salvo.

Dejóse conducir de nuevo a la prisión, convencida de que su libertad era cosa inminente.

Horas después su marido obtuvo permiso para visitarla en su celda y cambiar de nuevo impresiones e infundirle alientos para la vista de mañana. Saldría absuelta, lo decía toda la ciudad.

—Yo también lo creo — dijo ella dulcemente —. Pero Felipe, cuando todo esto haya concluido nos marcharemos de aquí para siempre, ¿verdad? Este ambiente me es ya

irrespirable después de todo lo ocurrido.  
¿Por qué no vamos a Londres, Felipe?

—Precisamente quería darte una sorpresa. Vamos a pasar unas vacaciones a Londres.

—¡Felipe mío!

Se colgó en sus brazos besándole con falsa ternura.

—Para siempre, ¿verdad?

—Para siempre todavía no, nenita. Una temporada de descanso para que se repongan tus nervios entensión. Luego iremos a Sumatra donde me han ofrecido una importantísima colocación, remunerada espléndidamente... Ahorraremos mucho dinero... mucho... y al cabo de pocos años, podremos retirarnos a vivir a Inglaterra... a ser independientes... a gozar del trabajo recogido.

—Dime ¿qué clase de país es Sumatra?

—Es como aquí... Selva... cauchú... calor...

—¡Cauchú... siempre cauchú!

—Pero sólo será durante algunos años. Luego como compensación una larga vida de comodidades.

Ella sonrió, pero interiormente maldecía su destino... Y cerrando los ojos se dijo que si había sido infiel era indudablemente

a causa de aquel ambiente que chocaba con sus anhelos de mujer de sociedad, de mujer joven que quiere divertirse y reír y gozar y no que la entierren en vida...



—Ahorraremos mucho dinero... mucho...

¡Siempre así... siempre! ¿Por qué Felipe no la llevaba a una nación civilizada, a una tierra donde hubiera las comodidades que pueden llenar el alma de una criatura ansiosa de placer? El no la comprendía... Le hablaba de marcharse de Singapur... y decía Sumatra... es decir... selva... calor... cauchú...



Volvió a abrir los ojos. Su marido la contemplaba con ternura.

—Dime ¿sufres mucho por lo que te he dicho, nena?

—No... no... Preferiría estar siempre en Londres... pero ya que es necesario...

Y le dió un beso frío y fugaz, casi sin amor...

\* \* \*

El abogado Joyce se enteró por medio de su pasante Ong-Song, de algo desagradable que podía hacer variar completamente el rumbo del proceso.

—Se ha presentado una nueva complicación en el proceso de la señora Leslie Bennett.

—¿De qué se trata?

—De una carta de la señora dirigida a Jorge Nelson.

Joyce sonrió.

—Nada hay extraordinario en ello—dijo—. Habían sido amigos.

—No habría nada de extraordinario si la carta no hubiera sido escrita la misma noche... que murió Nelson—advirtió Ong.

—¿Qué dice usted? ¿Dónde tiene usted esa carta?

—Léala.

El pasante sacó de una cartera un papel que Joyce leyó con evidente nerviosidad.

Era la carta que Leslie había enviado a Nelson citándole para aquella famosa noche.

Joyce se agitó en su asiento. ¡Ah, misteriosas mujeres! Aquel escrito demostraba que Leslie le era infiel a su marido, que no era la víctima que había querido suponer, sino tal vez la mujer adúltera que por celos había muerto a su amante. La cosa cambiaba totalmente de aspecto.

Volvió a leer la carta y exclamó con gesto triunfante:

—Esta carta no es auténtica... Leslie no puede haberla escrito... ¡Esta no es su letra!

—¡Oh, ya lo sé! Pero la mujer china, amiga de Nelson, tiene el original.

—¿Qué se propone esa mujer? ¿Por qué guarda la carta?

—La considera como una prueba importantísima. Pide una respetable cantidad por su devolución.

—¿Cuánto?

—Diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares?— dijo Joyce, asombrado—. ¿Cómo es posible que Felipe entregue esa suma? Felipe no es rico, dado



—Esta carta no es auténtica...

que haya podido ahorrar en todos esos años una cantidad parecida.

—Pues si Felipe no quiere ver colgada a su esposa, tendrá que pagar esa cifra—dijo el chino.

—¡Qué conflicto! Pero haré lo que pueda, Ong... La cosa se agrava. Si no recon-

quistamos el original de la carta, estamos perdidos.

—La mujer china impone dos condiciones para su devolución.

—¿Todavía eso? ¿Qué exige?

—Que el dinero debe entregárselo precisamente la señora Leslie Bennett en persona... y que además ha de hacerlo en efectivo.

—¡Bien... bien!—dijo revolviéndose nerviosamente—. Estudiaremos el asunto. Déjeme ahora, Ong.

Y el abogado Joyce quedó largo rato en su despacho, pensando en lo que debía hacer en tan importante cuestión.

¡Ah, las mujeres, las mujeres! ¡Y pensar que él había creído inocente a Leslie! Y resultaba que Leslie tenía un amante: el hombre a quien ella asesinó.

¿Cómo librarla ahora de responsabilidad?

\* \* \*

Joyce se dirigió aquella misma noche a la prisión y entró en la celda que ocupaba Leslie.

Ella le recibió con exquisita amabilidad,



agradecida a aquel hombre que ponía su talento, la elocuencia de su palabra, la sinceridad de sus convicciones al servicio de la dama.

Pero el abogado la envolvió en una mirada mezcla de reproche y piedad y le dijo:

—Señora; esta mañana le he dicho a su marido delante de usted que su absolución era segura, que el jurado no se retiraría siquiera a deliberar. Ahora tengo que reservarme mi opinión.

—Pero ¿por qué?—preguntó tornándose pálida.

—Ha ocurrido una cosa muy grave.

—¿De qué se trata?

El la miró fijamente deseoso de escrudriñar hasta el fondo de aquella misteriosa alma de mujer.

—Escúcheme usted bien. He venido para hablarle acerca de una carta que escribió usted a Nelson la noche de su muerte.

—¿Yo? ¿Una carta? ¿Quién ha dicho eso?—exclamó presa de una lividez mortal.

—Lo sé positivamente.

—¡Esto es falso! ¿Yo no he escrito nada, nada!

—¿Por qué miente? ¿Por qué no tiene confianza en su abogado defensor?

—Yo no he escrito nada—repelía creyendo imposible que pudiera haberse descubierto aquel peligroso mensaje.



—¿Por qué no tiene confianza en su abogado defensor?

—Entonces... esto ¿qué es?—dijo el abogado entregándole la copia de la carta.

Leslie se impresionó grandemente al leer las impremeditadas y comprometidas líneas que en un momento de desesperación había

escrito. Pero reaccionó a continuación al ver que la carta no era la original.

—¡Esta no es mi letra! ¡Aquí hay una indigna falsificación!

—Me han asegurado que es una copia exacta del original—dijo.

—¡Le juro que no he escrito semejante carta!—repitió obstinándose en una negativa absurda.

—Si es así, no tenemos por qué preocuparnos. Aunque la presenten ante el Tribunal, siendo falsa no ha de surtir el menor efecto.

—¿Usted cree que la presentarán?—dijo temblándole la voz.

—Seguro. Pero como se trata de un falso testimonio... no tiene importancia.

El abogado acostumbrado a escudriñar conciencias, a leer en el fondo de las almas, adivinó que algo terrible pasaba en el espíritu de Leslie. Ella murmuró de pronto con temblorosa voz:

—Joyce... supongamos... que yo... hubiese escrito esa carta...

—Si la hubiese escrito, sería usted una perjuradora—respondió contemplándola con altivez.

—¿Qué castigo me impondrían si se descubriese la verdad?

—¡La mandarían a la horca!

El cuerpo delicioso de aquella mujer se estremeció bajo el vértigo del espanto.

—¡No, no! ¡Por favor! ¡Que no me lleven a la horca!

—¡Ah! ¡Cuántas cosas irreparables produce la imprudencia! ¿Por qué escribió usted esa carta?... ¡Entonces... usted... usted... era algo más que amiga de Jorge Nelson!

—¡Sí!... ¡Sí!... Estaba loca... loca... He sido una infame... pero si viera usted los años de aburrimiento, de soledad, de monotonía en que se ha deslizado mi juventud... Y vino ese hombre... y me habló de cosas amables, tuvo ternuras insospechadas para mí... me hizo entrever una existencia deliciosa... ¡Ay! Reconozco que he sido una malvada... pero, ¿por qué mi marido tuvo que obligarme a vivir aquí, en Singapur?

—¿Por qué mató usted a Nelson? ¡Sea franca!

—Por celos, por celos... Quiero contárselo todo... todo... no dejar ni un secreto en mi conciencia.

—Así es como debe ser, como será posible intentar su salvación.



Entonces ella le explicó la auténtica escena que precedió al asesinato, motivado al verse despreciada, vencida por aquella cortesana oriental, la odiosa Li-Ti.

—¡Li-Ti!—murmuró el abogado, tristemente—. Precisamente es ella quien tiene la carta. No hay duda que quiere vengarse de usted.

—Joyce... sálveme usted... no me abandone... Comprendo que habré perdido ante sus ojos la estimación en que usted me tenía... Pero usted debe comprender... yo tengo excusas para mi falta... No he sido más que una pobre mujer a quien su marido tenía abandonada, alejada de él a causa de sus negocios. Y yo necesitaba ternura, cariño, todo lo que él me negaba... ¿Comprende, Joyce? ¿No hay una justificación a mi falta?

—¡No! ¡Nunca! Hizo usted muy mal, señora. Su marido trabajaba por usted para labrarse un porvenir, para crearse una posición independiente el día de mañana, para hacerla a usted reina de un bello hogar... También él sacrificaba sus años mejores, también él... Y usted pagaba su sacrificio, su conducta ejemplar y heroica con la más baja de las ingratitudes.

—¡Pobre Felipe! Si yo le quiero, si yo le

quiero también! Pero ¡ay! el otro... el otro ¡era el amor!

—¡Señora!

—Perdone, Joyce. ¿Qué debe usted pensar de mí? Mas, ¿y esa carta? Hay que rescatarla, ¿verdad? ¿Cómo? ¿Usted sabe?

—La mujer china está dispuesta a entregarla, pero pide por ella una gran cantidad.

—¿Cuánto quiere?

—¡Diez mil dólares!

—¿Diez mil dólares? ¡Qué locura! Yo no los tengo... Y si se lo digo a Felipe, va a descubrirse la verdad y sospechará de mí... ¡No! No debe perder la confianza que en mí tiene puesta.

Señora... estoy dispuesto a ayudarla... por él. Hay que pagar el dinero esta misma noche. Felipe está ahora en la plantación y no tenemos tiempo de avisarle... Yo anticiparé el dinero hasta mañana. Todos mis ahorros los pongo en manos de la china para rescatar ese documento. Mañana me cobrará.

—Pero ¿y Felipe? ¿Qué dirá él cuando sepa?

—Le hablaremos de un documento, de una calumnia bien urdida, que era necesario acallar.

—¡Pero que él no vea la carta! ¡Que no la vea nunca!

—No la verá. Sería para su felicidad un golpe definitivo. La mujer china sólo entregará la carta bajo dos condiciones.

—¿Condiciones? ¡La malvada! ¿Y qué quiere?

—Que el dinero le sea entregado en efectivo y que sea usted la persona que se lo entregue.

—¿Yo? ¿A ella? ¡No iré!

—Si usted no va, ella entregará la carta al acusador.

—Pero ¿cómo voy a poder salir de aquí esta noche? Bien sabe usted que es imposible.

—Eso lo arreglaré yo. No me será difícil conseguir para usted su libertad provisional. ¿Acepta?

—¿Qué remedio!—contestó—. Tengo que humillarme puesto que de ello depende mi vida y mi honor... Estoy dispuesta a todo por Felipe... No quiero que descubra la verdad.

—¿Me promete usted ser en lo sucesivo fiel... absolutamente fiel a Felipe?

—¡Sí!

—¡Gracias, Leslie! Hay que borrar el pasado de su memoria.

Despidióse el abogado de ella y pocos momentos después obtenía del juzgado un auto de libertad provisional.

Leslie se dirigió con Joyce al domicilio de éste donde esperó el momento de ir a la casa china...

\* \* \*

La casa de te de Li-Ti era una de las más acreditadas de la ciudad de Singapur.

Siempre se hallaba llena de gente de todos los países que al desembarcar en ese puerto chino sentía la necesidad imperiosa del amor. Y en aquella casa encontraban todas las delicias que apetecían sus vidas de aventureros. Mujeres jóvenes y bellas, vinos de las más diversas y acreditadas marcas, tóxicos de cocaína y opio que primero embriagaban con dulce afán para hacer enloquecer poco después... juegos donde perder todos los ahorros o experimentar la voluptuosidad enfermiza de la ganancia.

¡Y a aquel antro de miserias, de despojos de humanidad viciosa debía ir Leslie a suplicar, a solicitar de la mujer china, un poco de compasión!



Joyce y Ong, los dos abogados, acompañaron a la dama hasta la puerta de la casa de te.

¿No me acompañan ustedes? — dijo Leslie.

—Li-Ti ha puesto por condición que ha de ir usted sola.

—Tengo miedo.

—¡No tema! Me ha prometido que no le hará daño. Le devolverá la carta a cambio del dinero—dijo Ong.

Leslie después de cerciorarse de que llevaba los billetes que le había dado Joyce, llamó a la casa de te.

Le salió a abrir una chinita quien la hizo pasar a una sala decorada con grandes cuadros del país.

Desde allí se escuchaba el rumor de la gran sala cercana, rebotante de gentío que cantaba canciones obscenas y reía brutalmente.

—¡Aguarde usted!—le dijo la criada—. Li-Ti no tardará en llegar.

Instantes después apareció Li-Ti envuelta en un gran kimono amarillo y llena de joyas.

Leslie la miró con un odio imposible de contener.

—¡Oh, la señora blanca! — dijo Li-Ti burlonamente—. ¡No la esperaba tan temprano!

—Necesito acabar cuanto antes con usted.

Li-Ti sonriendo misteriosamente descubrió unos cortinajes que había en el fondo de la estancia y apareció una gran reja tras la cual estaban sentadas varias "geishas" chinas, las vendedoras de caricias que esperaban la llegada del postor con una resignación humilde de bestezuelas de placer.

—Podemos hablar lo que usted quiera—dijo Li-Ti.

—¿Ante esas muchachas?

Y las señalaba con repulsión.

—¿Y qué importa eso? Son de toda confianza... Son mujeres... mujeres como usted...

—¡Miserable!

De buena gana hubiera abofeteado a aquella mujerzuela que la comparaba con las perversas o desdichadas criaturas que dan amor sin amor.

—¡Calma, señora blanca, calma!

En aquel instante abrióse la puerta y apareció un joven chino que al parecer venía a escoger para una noche alegre a una de las mujeres de la reja.

Li-Ti y el recién venido hablaron algo en su idioma, y luego el joven se dirigió ante la reja observando con interés a aquellas



— ¡Calma, señora blanca, calma!

criaturas que le sonreían con la fuerza de la costumbre.

Leslie comprendió a lo que venía aquel hombre y experimentó una angustia atroz, un horror de sí misma por pisar antro tan

canallesco. ¡Aquel infame comercio, aquella mentira!

El joven oriental movió la cabeza con desaliento. Nada, Li-Ti, nada. Ninguna de las mujeres que tenía allí era de su gusto. Pero... ¡caramba! ¿quién era la señora blanca tan bonita? Esa sí que valía. ¿Cuánto pedía por ella Li-Ti?

Y acercándose a Leslie la miró con una sensualidad mal contenida llenándose del dulce olor de aquella mujer blanca y joven.

— ¡Apártese! — dijo Leslie con verdadero asco.

Li-Ti explicó algo a su compatriota y éste se marchó sonriente.

Cuando hubo desaparecido, Leslie gritó con todo el ímpetu de su alma:

— ¡Qué vergüenza! ¿Por qué habré venido yo a esta casa infame? ¿Por qué? Acabemos pronto. Siento que me falta el aire, la vida.

— El joven chino me decía si usted... era una de esas...

— ¡Maldita! ¿Quiere callarse? Usted sabe quién soy y a qué he venido.

— Yo no tengo prisa — dijo imperturbable—. ¡Hable, señora blanca!



—No sea cruel. Déme la carta de una vez... Tome el dinero... tome.

—¡Oh, no tan aprisa, no tanto!... En la casa de Li-Ti no es la mujer blanca quien manda, sino la china, la pobre y vulgar china, no lo olvide.

—No me martirice más. Mi reputación, mi honra peligran aquí... y he de marcharme en seguida.

—¿Su reputación? ¿Su honra? ¿No ha peligrado y ha naufragado en otros sitios, señora blanca?

—¡Me da usted horror! —exclamó apartándose de ella como del vaho de una serpiente—. Es usted una mujer horrible.

—Lo seré para usted, pero no lo era para Jorge Nelson... Siempre me decía cosas bonitas... muy bonitas... ¿quiere usted que se las repita?

—¡No... no!...

—Me decía: "¡Qué ojos tan bellos tienes! ¡Qué hermosa estás! Me gustas más que la mujer blanca."

—¡Calla... demonio... calla...

Sentía aumentar sus celos. Recordaba que aquella mujer había conseguido desbancarla del corazón de Nelson con sus caricias felinas... Y ella a pesar de todo no podía

olvidar a Nelson... y seguía queriéndole... queriéndole... y por quererle... le había dado la muerte, prefiriendo verle caído para siempre que en los brazos de otra mujer.

—No le gusta que le hable de Nelson, ¿verdad? ¡Naturalmente! —siguió diciendo la china—. El me amaba a mí... y usted lo mató por eso.

—Tome el dinero y déme la carta de una vez.

—¡Quiero hacerla sufrir, mujer blanca, mujer criminal que me robó lo que más amaba yo en el mundo... a él... a Jorge... a mi Jorge!

—¡Basta!

—Mejor sería que se quedase con su dinero... Así yo gozaría viendo cómo ahorcaban a la mujer blanca y criminal.

—¡Prefiero que me ahorquen a escucharla ni un momento más! —dijo con desesperación—. ¡Déjeme salir!

—¡Salir! ¡Qué locura! ¿Qué diría su marido si supiese que usted le engañaba?

—¡Piedad! Tome su dinero. ¡La carta... la carta! ¡Oh, pronto, pronto... o si no voy a morir ahora mismo! ¡No puedo más... ya no puedo!

—Humíllese, mujer perversa, mujer

adúltera, peor que todas esas mujeres que están ahí delante. Ellas son de todos, de todos... no mienten a nadie. Usted, hipócrita, mentía a su marido, traicionaba su fe, sus juramentos, su hogar...

—¡Piedad!

—¡Puah! ¡Me da usted asco! ¡Vengan los billetes y tome la carta! ¡Guárdela bien!

Arrojo Li-Ti la carta al suelo, obligando con ello a que Leslie tuviera que inclinarse para recogerla.

—Así... así — dijo riendo la perversa oriental—. La mujer blanca a los pies de la mujer china. ¡Así, así! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! — contestaron las voces burlonas de las "geishas" que desde la reja escuchaban con atención el diálogo.

Humillada, sintiendo anhelos de matar o morir, Leslie pudo al fin salir de la casa de té, la infame casa donde la habían humillado poniéndola a más bajo nivel que las pecadoras que sirven de solaz a toda la plebe del mundo.

El abogado Ong la aguardaba con impaciencia, temeroso de que pudiera haber ocurrido algo grave. Los dos marcharon velozmente hacia la casa de Joyce, donde ésta la esperaba con profunda nerviosidad.

Joyce se guardó la carta en el bolsillo y rogó a la pobre mujer que calmase sus nervios, que procurara dormir, a fin de que al día siguiente no apareciesen en su rostro huellas de la tremenda entrevista.

Pero no pudo conciliar el sueño. La agitaban trágicas pesadillas. Veía la casa infame volcando sobre ella sus detritus. Varias veces saltó sobresaltada. El corazón parecía loco. Sintió una y otra vez la sensación de que iba a morir...

\* \* \*

A la otra mañana, la sala de la Audiencia estaba rebosante de un gentío numerosísimo.

Constituyóse el tribunal como en el día anterior y el fiscal pronunció un discurso solicitando para la procesada una pena leve, mínima, en atención a las circunstancias que habían concurrido en la perpetración del delito.

La esposa había obrado en legítima defensa, había disparado por defender su honor... y la defensa del honor es un eximente tan poderoso como la defensa de la propia vida. Más aún, porque sin honor es preferible no vivir...



Habló luego Joyce, quien, seguro ya de sí mismo, teniendo en el bolsillo la carta, la única prueba que podía enturbiar la inocencia de su defendida, abundó en los mismos conceptos que el fiscal, pero pidiendo



*...había obrado en legítima defensa...*

un veredicto absolutorio, de vindicación, de libertad, que devolviera a la mujer procesada todos sus legítimos derechos.

Felipe tenía que hacer esfuerzos por no romper a llorar.

Joyce, sin creer una sola palabra de lo que decía, pero obligado por el puesto que

ocupaba, forjó una verdadera novela sentimental y dulce, hablando de la mujer honrada y pura que defiende su honor del mal amigo que, aprovechándose de la ausencia del esposo, entra como un ladrón furtivo a quitarle la perla más preciada de su existencia.

En párrafos brillantísimos hablaba de la mujer virtuosa y, oyéndole, Leslie lloraba como si en vez de una defensa, las palabras de Joyce fueran una terrible acusación, un canto a la mujer que se mantiene pura al marido y una condena enérgica de la que por ansia de vida traiciona lo más sagrado. Terminó pidiendo un veredicto absolutorio y la ovación con que se premió sus palabras demostró que su voz era la voz del pueblo.

El jurado, ni se retiró siquiera a deliberar. ¿Para qué? Aquellos hombres nobles, engañados por el giro de los acontecimientos, creyeron a pies juntillas todo lo expuesto por la procesada y el defensor, y tácitamente demostraron su deseo de absolución.

Y pronunciaron la palabra mágica y hermosa, como todas las palabras que dicen felicidad y alegría:

—¡Absolución! ¡Inculpabilidad!

Estalló de nuevo en la sala una gran ovación, demostración de que el pueblo se sentía igualmente dichoso al conocer el veredicto que enaltecía a la mujer honrada que prefirió matar antes que caer...

Felipe corrió a besar a su esposa, mientras las lágrimas, imposibles ya de contener, acariciaban su rostro.

Ella, sonriente, aliviada después de tantas horas de tensión mortal, besó a su marido, al que le parecía que volvía a querer como en los primeros años matrimoniales. Por encima del hombro de su esposo miró a Joyce, que la contemplaba con dulzura, moviendo la cabeza, como incitándola a perseverar en el camino del deber.

Pero aun una sombra de duda agitaba el espíritu de Leslie. ¿Qué ocurriría mañana, cuando Joyce pidiese a Felipe los diez mil dólares? ¿No le chocaría aquella respetable cantidad? ¿No exigiría ver la carta?

Estas preguntas pusieron una sombra en su luz radiante de contento, nubes sombrías que lo mismo podían despejarse dejando de nuevo claro y radiante el cielo azul, que convertirse en la hosa tempestad que todo lo destroza bajo sus rayos implacables.

¡Ay, horas de incertidumbre! ¡Cuánto tardarían en pasar! Horas de duda y de inquietud. ¿No acabarían por matar el corazón de aquella mujer?

Al día siguiente, Joyce y su esposa fueron a casa de Felipe Bennett.

Leslie, al verse de nuevo en su casa, tras los amargos meses de separación, experimentaba una intensa alegría, y la confianza parecía renacer en su espíritu.

No, no era posible que luego de haber salvado tan enormes dificultades, no venciera también el paso último y decisivo que iba a darse aquella noche.

Disimulaba su interna inquietud con una sonrisa de mujer que sólo vive por su momento presente.

Ni siquiera le remordió la conciencia al volver a ver la estancia del crimen.

Quería borrar por entero su pasado.

La sociedad y la ley habían excusado su crimen, pues no lo conocían realmente en su forma íntegra y verdadera. Pero Leslie no se consideraba tampoco demasiado culpable, pues mató por el impulso de los celos, sin darse cuenta realmente de lo que hacía.

La cegó la pasión, vió que aquel hombre



que era su única luz en el ambiente triste que la envolvía, la abandonaba por otra mujer, por la china infame de una casa de té, y, enloquecida ante la idea de perderle, le mató, sin comprender que de tal manera le perdía de modo irremediable.

Leslie parecía encontrar justificación a su conducta.

Ella no tenía la culpa. El único responsable era Felipe, por dejarla sola, por parecerle que la esposa es un mueble de lujo que queda en casa y nada necesita. ¡Y la mujer es vida, e ilusión, y amor, y pasiones, y anhelos! ¡Ay de aquel que la cree una estatua sin corazón!

Leslie deseaba cambiar de ambiente, alejarse de aquel lugar de tan amargos recuerdos. Estaba dispuesta a ser en lo sucesivo fiel a su esposo, a no faltarle nunca, a quererle como en los primeros tiempos. Casi creía haberlo conseguido ya...

Deseaba abandonar Singapur. Pero no marcharse a Sumatra, a pasar calor, a volver a vivir bajo aquel sol del trópico, enloquecedor y terrible. Aunque ganasen menos dinero, aunque tardaran más tiempo en independizarse por completo, era preferible ir a América o a Europa, a tierras de civi-

lización, donde la vida sonríe luminosa y hospitalaria.

Iba a proponérselo a Felipe. Indirectamente le haría ver los peligros en que ella se encontraba en esta plantación, donde quedaba con frecuencia sola. Estaba convencida de que Felipe no se iba a negar esta vez a aquella necesidad de reformar la vida.

Mientras Leslie hablaba en una salita íntima con la señora de Joyce, Felipe y el abogado se retiraron a charlar en el despacho contiguo.

Leslie ocultaba su nerviosidad. Ahora iba a hablar Joyce. ¿Cómo se tomaría Felipe aquel desembolso?

Felipe miró complacido al abogado que con tanta habilidad y tacto había conseguido la libertad de la mujer.

—Ha defendido usted a mi esposa de una manera admirable—le dijo—. ¿Cómo podré pagarle tan gran servicio?

—No he hecho nada más que cumplir con mi deber — respondió el letrado con una suave sonrisa.

—Ha estado usted insuperable. Y bien, ¿cuánto le debo de honorarios, Joyce? Quiero liquidar con usted rápidamente.

—¡Oh, no corre prisa!

—¿Olvida usted que mi esposa y yo marchamos a Londres? No quiero dejar aquí



—Ha defendido usted a mi esposa de un modo admirable.

ninguna deuda. Por cierto que esta mañana estuve en su despacho y hablé con su pasante Ong. Parece que lo que yo le adeudo es de bastante consideración, ¿verdad?

—Regular.

—Lo que ha hecho usted por nosotros vale todo el oro del mundo. Pero Ong me ha dicho que, además de los honorarios, hay una partida importante que ha tenido que pagarse, creo que para sobornar a un testigo... Me ha hablado de una carta... Crea usted que estoy en un mar de confusiones.

—Pero, ¿qué diablos está diciendo Ong? Valdría más que mi pasante no se metiese en lo que no le importa—contestó Joyce, dando visibles muestras de contrariedad, ante el temperamento locuaz del chino.

Felipe se puso serio.

—Amigo mío, necesito que me explique usted con absoluta claridad de qué se trata. ¿Qué carta es ésa? ¿Por qué ha tenido que pagarse una cantidad por ella? ¿Tan importante era su contenido? ¡Hable, por Dios!

Joyce se sentía nervioso. Comprendía que iba a hablar de una materia delicadísima y no sabía cómo empezar.

—¿Hablará usted de una vez, Joyce?—insistía el marido.

—La cuenta de honorarios no la he hecho aún. Pero sumará poco. Yo no acostumbro apretar a mis amigos. Sin embargo, hay otra partida importante, que yo



tuve que adelantar—dijo Joyce con marcado esfuerzo, como si sufriese por tener que tratar de tal asunto.

—¿Se refiere a esa misteriosa carta?

—Así es. Tuve que rescatarla, para evitar un mal mayor.

—No puedo comprender... ¿Por qué hizo usted eso?

—Si no la hubiese comprado, su esposa no habría sido jamás absuelta.

—¡Qué extraño!—dijo, paseándose con agitación—. Y, ¿cuánto tuvo usted que pagar por ella?

—Diez mil dólares.

Felipe se detuvo y le contempló con estupor.

—¿Diez mil dólares? ¡Pero si es todo lo que yo he ahorrado a costa de trabajos y sudores! ¡Si es para mí la ruina!

—No pudo ser rescatada por menos.

—¿Y qué decía esa carta? Algo terrible debía indicar, cuando la rescató usted a tan espléndido precio.

—Era una calumnia, una burda calumnia tramada por una mujer china para deshonrar a su esposa. Había que apoderarse de ella a cualquier precio... De no haberlo hecho, Leslie no habría sido puesta en liber-

tad... Y pagué lo que le pidieron por ella.

Felipe movía los brazos con grandes gestos nerviosos. Le sorprendía dolorosamente aquel epílogo, aquella inesperada deriva-



—...su esposa no habría sido jamás absuelta.

ción. ¡Ah, cuando Joyce, hombre tan cauto y prudente, había abonado aquella respetable cantidad, sabiendo como sabía que Felipe no era rico, era que se trataba de algo de importancia suma!

—Necesito conocer el texto de esa carta. Quiero conocerlo. Exijo saber por qué causa he de pagar mi dinero, he de entregar todos mis ahorros.

—No puedo decírselo.

—¿Deme la carta!

—¿No!

—¿Es que acaso no me cuesta bien cara para poder verla? Usted ha adelantado el dinero. Pues yo, antes de devolverlo, quiero tener en mis manos esa prueba, ver realmente si se ha pagado lo que vale.

—No, no es posible...—suplicó aterrado el abogado.

—Me obligará usted entonces a creer que me ha sorprendido mi buena fe. ¡Ea, no perdamos más tiempo! Le devolveré los diez mil dólares, pero deme la carta. Quiero convencerme por mis propios ojos de lo ocurrido.

—Vamos, Felipe, ¿no tiene usted confianza en mí? ¿Le he engañado a usted nunca? Sepa que el dinero está bien empleado y no quiera averiguar los motivos.

—O me da usted la carta... o no le pago. Y le reclamaré a los tribunales.

—¡Felipe!

—Sí, sí. Y amargará usted mi vida con

terribles sospechas de las que ese documento me libraría, por bien o por mal, pero me libraría. Por su honor, le ruego que me la entregue.

Joyce vaciló. Miró a su cliente y le vió exasperado, violento, con una expresión brutal y agresiva.

¿Qué sería capaz de hacer aquel hombre si no le enseñaba la carta? Estaría apenado para siempre por grandes sospechas. Además, aun en el caso más favorable, ¿no podría pensar que su abogado trataba de engañarle, cobrándole diez mil dólares por algo que no existía?

Joyce ya no dudó más. Se trataba de su honor profesional, de su conveniencia, hasta de su propio egoísmo. Ya que no había otro remedio, ya que se lo exigían implacablemente para pagarle aquellos diez mil dólares ahorrados por él y que él había adelantado, entregaría la carta, pasara lo que pasase.

—Aquí la tiene usted—dijo—. No quiero que nunca tenga la sospecha de que no me porté lealmente con usted. Tómela y comprenda la importancia que tiene.

El leyó aquel escrito y su semblante palideció.



—¡Engañado! ¡Villanamente engañado!

—Yo se lo ruego—dijo el abogado con dolor—. No creo que entre la víctima y Leslie hubiese habido nada grave. Más bien esa carta, escrita sin duda bajo el influjo de una nerviosa influencia, se refiere al deseo de buscar compañía, de apartar la soledad en que su esposa estaba sumida en los últimos tiempos.

—Sí... sí...

Estaba transfigurado. Su rostro denotaba las huellas de una terrible conmoción interior. Aquella carta significaba su deshonor, el conocimiento de una verdad cruel.

En aquel instante entraron en el despacho Leslie y la señora de Joyce. La primera llevaba unas copas que entregó al abogado y a su marido. Pero tembló horrorizada al ver cómo Felipe tenía en sus manos aquella carta que le abría las puertas de un mundo de traición y de miseria.

La señora de Joyce alzó su copa y dijo:

—¡Brindemos por la felicidad de ustedes y por el feliz retorno de Leslie!

Felipe cogió la copa, miró a su mujer, luego a su abogado y con voz feroz y grave, dijo:

—¡Por su retorno!

—¡Que vuestro hogar sea siempre venturoso y feliz y que jamás se vea turbado por ninguna nube!—dijo la esposa del abogado.

Joyce se sentía inquieto. Apenas osaba mirar a Leslie, temiendo su expresión de reproche. ¿Qué debería pensar ella por haber entregado la carta? Y, sin embargo, las cosas habían llegado a tal extremo, que no tuvo otra solución para librarse a sí mismo de posibles sospechas, que devolver aquel escrito.

Consultó el reloj y, pretextando que tenía prisa, se despidió del matrimonio, saliendo rápidamente con su esposa.

—Mañana le enviaré el dinero—le dijo Felipe al estrecharle la mano.

—Cuando usted quiera. No corre prisa.

Saludó a Leslie, que, pálida y aterrada, apenas osaba levantar los ojos, presintiendo gravísimos acontecimientos.

Y abandonó aquella casa, acusándole la conciencia de haber obrado mal. Hubiera sido mejor perder los diez mil dólares a devolver la carta. Pero había sido el suyo un egoísmo tan lógico... El no era rico, tenía una familia que atender y aquellos diez mil dólares eran producto de sus sudores, de sus ahorros, de sus trabajos, la garantía

de la vejez. ¿Por qué exponerse a quedar arruinado?

No quiso pensar más en el asunto y, alzando los ojos a Dios, rogó que tuviese piedad de Leslie.

\* \* \*

Ya solos los dos, Felipe miró a su mujer con una mirada penetrante como una daga florentina.

Ella, con los brazos cruzados, esperaba el instante terrible de la acusación. ¿Qué iba a decir su marido?

Felipe, agitando el brazo en que llevaba la carta, rompió a hablar:

—¿Qué significa esa carta?

—No sé...—dijo temblorosa.

—Es la que me ha dado Joyce, la que rescató por diez mil dólares, la que arruina mi vida.

—Por favor, Felipe. Es una calumnia, una burda trama.

—¡Mientes!

Y le puso la carta ante los ojos.

—¡Esta es tu letra! ¡Eres tú, tú, quien

la ha escrito, tú, que me has traicionado! —dijo, fuera de sí.

—¡La han falsificado! ¡Yo no he escrito eso, no lo he escrito! —replicó con un supremo afán de defender lo imposible.

—¿Quién la falsificó? ¿Quién?

—Li-Ti, esa mujer china.

—¡Esta carta es tuya... tuya!

—¡No, no!

—¡Ahora comprendo por qué Joyce no quería enseñármela! ¡Ah, qué luz se hace en mi cerebro! Me ha rodeado la farsa, el engaño, la más vil de las mentiras. Fué mentira tu amor, mentira la versión de tu delito, mentira tus declaraciones. ¡Qué asco! ¡Infame! ¡Malditos los dos, maldito ese Jorge Nelson!

Ella irguió enérgicamente la cabeza. Le pareció que ya no podía negarse, que era absurdo sostener una defensa imposible. Y desesperada, enfurecida además por los insultos que su marido prodigaba a la memoria de Jorge, a quien ella amaba aún, se dispuso a confesar la verdad, aunque Felipe la matase, aunque fuese víctima de sus celos feroces.

—Ya que te empeñas, te lo diré. ¡Jorge Nelson fué mi amante!



—¡Tu amante! ¡Malvada! ¡No sé cómo no te abogo!

—¡Hazlo!—exclamó desesperada—. Pero lo vas a saber todo... todo. Nelson fue mi amante. Y durante algunos meses, cuando tú me tenías abandonada a causa de tus negocios, que eran para ti más importantes que el cariño de tu mujer, fuimos felices, como contigo no logré serlo nunca. Pero después aquella mujer china se interpuso entre los dos.

Felipe la escuchaba con espanto. De vez en cuando sus manos se alzaban como si fuesen a caer sobre la cabeza de la adúltera. Pero Leslie seguía imperturbable y feroz:

—¡Tú me robaba a Nelson... y la noche en que éste vino a mi casa, le dije que escogiera. "Prefiero a ella", me contestó... Creí volverme loca. Empuñé el revólver y disparé... una, dos, tres veces. Allí quedó muerto. Preferí verle así que saberle infiel.

—¡Falsa! ¡Mala mujer!—sollozó Felipe mirando con repugnancia al ídolo roto—. ¿Así me has pagado una vida de abnegación y sacrificio por ti?

—Confieso que he sido perversa, ingra-

ta, cruel, pero no me culpes a mí, sino al medio en que he vivido.

—No fue mía la culpa.

—Tuya fue... Durante esos años no me has hablado más que de caucho... de caucho... siempre de caucho.

—¿Así has correspondido a mis sacrificios? Eres indigna de ser mi mujer... ¡No eres más que una...!

—Calla, insensato, calla... Soy mujer, toda mujer. Una mujer que necesitaba vida, alegría, cariño. Y Jorge, mi Jorge, me dio todo eso, me lo dio a manos llenas y generosas, mientras tú te apartabas de mí entregado a tu trabajo, a tus labores, teniéndome abandonada como un mueble, como algo sin vida. Y mi alma no se conformaba con dinero. Mi alma quería amor, amor, amor...

Y apretóse las sienes, llorando con inaudita desesperación.

Hubo unos momentos de silencio. Felipe la miraba torvamente, sintiendo que en su alma el amor experimentado siempre por su esposa había desaparecido: ya no era más que un muerto.

Tal vez el alma le acusaba de no haber sabido comprender el corazón de aquella

mujercita. Hubiera sido preferible ganar mucho menos dinero y un poco más de amor. Pero el mal ya estaba hecho. Mientras él trabajaba bajo el implacable sol, ella entregaba sus gracias de mujer al tenorio indigno y cobarde que luego también la dejaba...

Como el silencio se prolongase, ella miró a su marido con espanto y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer conmigo, ahora que sabes la verdad?

—¡Nada!—repuso sombríamente.

—¿Nada? ¿Permitirás que yo viva contigo, o me echarás a la calle?

—¿Echarte a la calle? ¡No, no! Quedarás aquí conmigo para siempre, ¿entiendes bien? Para siempre. Ya no nos iremos a Londres. Estarás condenada a permanecer en Singapur, a enterrar aquí tu juventud, tu vida entera, hasta que envejezcas, hasta que esa belleza maldita desaparezca de tu cuerpo. Quedarás aquí conmigo, con tus recuerdos, con tus terribles recuerdos. Siempre... siempre.

Ella le miró airada.

—¡Sí! —gritó a su vez con furor—. ¡Condéname! Ya que lo merezco, sea... pero no te amo, no te amo. Me moriré poco a

poco con mis recuerdos, con los de mi Jorge... con los de mi Jorge, mío, mío.

—¡Loca! Este será tu castigo... recordar y permanecer eternamente en Singapur, como en una prisión.



—Quedarás aquí conmigo, para siempre...

Ella rompió a llorar y gritó con desesperación:

—¿Por qué no me matas de una vez? ¿Por qué me condenas a muerte lenta, por qué?



—Leutamente arruinaste tú mi honor...  
Lo mismo haré yo con tu vida.

Y salió del cuarto, dejando a Leslie en el inaudito furor del condenado que ve ante él una sola palabra: eternidad.

\*\*\*

Pasaron años. ¡Bien pagó Leslie la culpa de su pecado! Vivía con su marido, pero eran como dos extraños, sin que jamás el amor tuviera para ellos una sonrisa.

Sin embargo, todo pasa... todo, hasta el odio. Y un día en que ya las arrugas acariciaban sus rostros, Felipe perdonó. Y ella, que estaba arrepentida de su pecado, se entregó en sus brazos, deseando amor, amor, única luz de la vida sin la cual todo es tedio, indiferencia y muerte...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

ACABA de aparecer la tercera edición de

## El precio de un beso

y la cuarta edición de

## Del mismo barro

Muy en breve

## Ladrón de amor

(Segunda edición)

## Biografía novelada

del ídolo de la pantalla sonora

**José Mojica**

(Quinta edición)

Encargue estas novelas desde ahora, pues la demanda es crecidísima ya.

Se ha puesto a la venta con gran éxito, la

**Colección de 6 postales**

de

**JOSÉ MOJICA**

**Ediciones especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica  
¡Lo mejor del cine!**

Últimos éxitos:

**La Canción de la Estepa** (agotándose)

**El precio de un beso** (3.ª edición)

**La rapsodia del recuerdo**

**Delikatessen**

**Del mismo barro** (4.ª edición)

**Estrellados**

**Cuatro de infantería** (Asunto de guerra contra la guerra)

**Olimpia**

**Monsieur Sans-Gêne**

**Sombras de Gloria**

**Mamba**

**Ladrón de amor** (3.ª edición)

**Molly (La gran parada)**

Acaba de aparecer la más emocionante novela publicada hasta la fecha

**EL VALIENTE**

por JUAN TORENA

Esta semana:

**¡De frente... marchen!**

por Buster Keaton y Conchita Montenegro



Ediciones BISTAGNE



Passeig de la Pau, 10 bis  
Teléf. 18001. - BARCELONA